

UN LAPSO EN LA VIDA POLITICA DE CENTROAMERICA CON EL APOYO DIPLOMATICO Y MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS

NARRACION DE UN TESTIGO, ARQUETIPO
DE LAS ACTIVIDADES DE AQUELLOS DIAS
DE REVOLUCIONES E INTERVENCIONES

I EN HONDURAS

En 1923, como ahora, un funcionario consular, tenía derecho a solicitar licencia una vez por año para visitar su hogar.

Aunque era feliz en Tampico y casi no sentía necesidad de partir, me entusiasmó el hecho de regresar a mi hogar una vez que hube solicitado la licencia.

Aun cuando transcurrieron varias semanas sin recibir contestación alguna del Departamento, no me preocupaba. No tenía apuro en partir. Una tarde, cuando nos hallábamos a punto de cerrar la oficina, se recibió un mensaje en código dirigido a mí. "Aquí está", les dije confiado a mis colegas. "Les escribiré para decirles qué gusto tiene la sopa de almejas en Rhode Island". Era muy halagüeño que el Departamento se tomara la molestia y el gasto de telegrafiar mi licencia. Descifré el telegrama. Decía más o menos lo siguiente: "Se lo designa vicecónsul en Puerto Castilla, Honduras, donde deberá abrir una oficina consular no más tarde de la primera semana de junio".

Puerto Castilla, Honduras

El nombre no me era familiar. Alguien trajo un atlas. Encontramos Honduras, pero no Puerto Castilla. Me habían asignado un destino que ni siquiera figuraba en el mapa.

Mis compañeros del consulado tuvieron poco tiempo para hacerme bromas acerca de mi designación para un oscuro puesto en Honduras. La ruta más carta a Honduras era vía Nueva Orleans.

Mi corazón y mi mente se hallaban a miles de millas de distancia, en Puerto Castilla, Honduras, un pueblo acerca del cual no conocía nada, excepto que no figuraba en el mapa, pero hacia el cual ya había adquirido una considerable lealtad. Era mi puesto, ¿no es cierto?

En Nueva Orleans supe que Puerto Castilla era un puerto de la Compañía Frutera Unida. Había sido construido recientemente y a eso se debía que no figuraba en el mapa. No había ninguna comunicación de vapores entre Nueva Orleans y mi nuevo puerto pero una compañía frutera rival mantenía un servicio a La Ceiba que se encontraba a pocas millas de la costa. Desde La Ceiba podía conseguir pasaje en alguna embarcación a vela hasta Puerto Castilla.

La Ceiba se encontraba a tres días de viaje del Golfo de Méjico y del Caribe, y transcurrieron días ventosos y desaparecibles hasta que divisamos Hondu-



WILLARD L. BEULAC

ras, donde el tiempo se volvió bueno y la costa bordeada de palmeras marcó para nosotros el límite de un paraíso tropical. Por el camino habíamos divisado la costa de Yucatán, mas ésta se había mostrado extraña y poco favorable, y no era el Méjico que yo había conocido. Honduras, a la inversa, era amable y acogedora. El cónsul Sloan me recibió en el muelle y me llevó a su oficina-residencia combinada, un edificio de madera simple pero agradable, de dos pisos, con porches amplios y ventilados.

La Ceiba era una ciudad limpia y fresca de casas de madera, la mayoría de las cuales eran de dos pisos y rodeaban la sede de la compañía frutera, que incluía una estación de ferrocarril, oficinas, tiendas, residencias, y el muelle. Era fácil darse cuenta que el negocio y la principal razón de ser de La Ceiba eran las bananas. Más tarde supe que la razón de ser del consulado norteamericano eran las bananas y la política, es decir, la política de Honduras. Entendí entonces por qué el Departamento insistía en que el consulado de Puerto Castilla se abriera no más tarde de la primera semana de junio.

Las revoluciones de Centroamérica

La revolución había sido la enfermedad de la mayor parte de América Central desde que las cinco pequeñas repúblicas se habían declarado estados in-

dependientes, y Honduras había sido la peor transgresora, o más bien la víctima más frecuente. Había sido el campo de batalla de la política centroamericana. Nuestro gobierno, siempre sensible al desorden en el Caribe, se había esforzado, de una u otra manera, por alentar a los gobiernos ordenados, por limitar las pérdidas de vidas y la destrucción de las propiedades cada vez que estallaba la revolución.

El no reconocimiento

Su último esfuerzo había tomado la forma de una Conferencia Centroamericana realizada en Washington —que acababa de finalizar sus deliberaciones—, en la que las cinco repúblicas acordaron por tratado negar el reconocimiento a todo nuevo gobierno en cualquiera de sus países que tomara el poder mediante un golpe de estado o revolución contra el gobierno reconocido, por los otros gobiernos centroamericanos, si el presidente, o aún el vicepresidente hubiera sido un cabecilla del golpe de estado o de la revolución, o un pariente cercano de tal cabecilla (por sangre o por matrimonio), o si hubiera ocupado algún cargo de los señalados en una larga lista de puestos antes o durante el golpe de estado, revolución, o elecciones. La idea (como el lector ya lo habrá deducido) era impedir la revolución, haciendo imposible que los cabecillas revolucionarios que salieran victoriosos, obtuvieran el reconocimiento de los gobiernos vecinos. Se había pensado que un revolucionario potencial, decidido en otras circunstancias a derrocar a su gobierno y hacerse presidente, desistiría de su violenta empresa si pensaba que su gobierno no sería reconocido por sus vecinos.

Tratado Centroamericano de 1923

Ahora bien, ese no-reconocimiento, como debería entenderse, no hace que un gobierno sea inconstitucional o ilegal. No significa que no se hará el acostumbrado intercambio comercial. No significa que los asuntos oficiales no se tratarán con él de una manera extraoficial. Ni siquiera significa que los requisitos usuales para el reconocimiento establecido por derecho internacional no hayan sido llenados por el gobierno no-reconocido. Un gobierno puede pasar por todas estas pruebas sin ser reconocido, porque el reconocimiento es un acto voluntario, no es algo que un país está autorizado para recibir como un derecho. Mi propia experiencia —que ha sido muy amplia— al tratar con gobiernos no reconocidos, me ha llevado a creer que las relaciones internacionales tendrían una base más sólida si las naciones acordaran que un gobierno que pasara por las acostumbradas pruebas de reconocimiento (es decir, falta de oposición organizada dentro del país, posesión de la maquinaria gubernamental, voluntad y habilidad para enfrentarse con sus obligaciones internacionales) tiene derecho al reconocimiento, y que el negar el reconocimiento en estas circunstancias es un acto hostil. A veces existe la tentación de negar el reconocimiento a un nuevo gobierno porque no nos gustan sus características, su política, la forma en que llegó al poder, a los hombres que lo manejan. Esta tentación, si se cede a ella, puede tener efectos muy dañinos sobre los países afectados y especialmente en relación con los íntimos lazos que

implica nuestro sistema panamericano, así como sobre otros países.

El gobierno de los Estados Unidos no era parte del Tratado Centroamericano de 1923, pero aprobaba su fórmula, si es que no la había inventado, y después de un mes de mi llegada a Honduras, el Departamento de Estado habría de anunciar públicamente, cuando sólo uno de los gobiernos centroamericanos había ratificado el tratado, que los Estados Unidos se guiarían por sus términos, para extender su reconocimiento a los gobiernos revolucionarios de Centroamérica.

Amenaza de revolución en Honduras

La razón de este anuncio precipitado era la amenaza de que se renovara la guerra civil en Honduras, la misma razón que había movido al Departamento a ignorar mi pedido de licencia y enviarme "volando" a Puerto Castilla. El año 1923 era el año de las elecciones presidenciales en Honduras. Los conservadores tenían un candidato poderoso en el general Tiburcio Carías Andino, pero los liberales, el partido que estaba en el poder, se hallaban divididos, y las probabilidades de que fuese necesaria la violencia para establecer cualquier gobierno nuevo eran mayores que nunca. La revolución estalló, pese a nuestra política de no-reconocimiento. Tampoco fué efectiva nuestra política de no-reconocimiento para evitar, algunos años más tarde, el estallido de la guerra civil en Nicaragua. Esta última demostró ser, por cierto, una guerra civil muy seria, y condujo a nuestra segunda intervención armada en Nicaragua. Yo habría de ser un participante activo en esa intervención, después de haberme sometido a cierto entrenamiento preliminar en Haití.

Pero me estoy alejando de mi historia. Mientras estuve en La Ceiba nadie me habló del Tratado Centroamericano de 1923, y si alguien lo hubiera hecho, no habría pensado mucho en él. Todo lo que sabía era que la revolución podía estallar en cualquier momento, que la revolución traería buques de guerra y marinos norteamericanos, y que podía esperar un giro emocionante de los acontecimientos en mi nuevo puesto.

La Ceiba se comunicaba por ferrocarril con algunos puntos del oeste, pero el único modo de llegar era a bordo de "La Gitana", una goleta de cuarenta pies, que al igual que otras de su clase, se hallaba destinada a transportar cargas. También se transportaban pasajeros, pero no había comodidades para ellos. Se acomodaban como podían, si es que podían. No eran ni más ni menos que un cargamento adicional. Por lo que pude averiguar, no había baños para los pasajeros, salvo el amplio Mar Caribe, el cual, por supuesto, suministraba abundante agua corriente cuando "La Gitana" estaba en movimiento. La goleta cargaba y descargaba durante el día y seguía viaje durante la noche.

Puerto Castilla

Combatimos el sueño lo mejor que podíamos, pero finalmente, sucumbimos. Cuando desperté, nos estábamos aproximando al muelle de Puerto Castilla. Un grupo considerable de norteamericanos se hallaban en el muelle, observándonos con aire curioso y diver-

tido. Me froté los ojos y presentí que el espectáculo que estaba ofreciendo era poco digno, si no ridículo, y me deslicé hasta la cubierta. Esta no era de ninguna manera la forma en que me hubiera gustado llegar a mi nuevo puesto. Ajustando rápidamente mi arrugado sombrero y mi torcida corbata, y tratando sin éxito de cepillar el polvo de mi traje azul, arrugado y con la vaga apariencia de una tabla de lavar, me preparé a desembarcar con el mayor decoro posible, dadas las circunstancias. Resultó que los norteamericanos eran una delegación de jefes y empleados de la compañía frutera que habían venido a dar la bienvenida a Puerto Castilla a su primer funcionario consular norteamericano. Trataron de parecer serios y formales, pero cuando hice una broma acerca de mi arribo poco ortodoxo, todos me acompañaron con una risa muy natural. Había desaparecido toda la tensión. Eran mis amigos, y siguieron siendo mis amigos durante los dos años que permanecí en Puerto Castilla.

Los únicos residentes de Puerto Castilla que no eran empleados de la compañía frutera eran el recaudador de Aduanas (mi buen amigo don Julio Lozano, más tarde ministro de Finanzas, embajador ante los Estados Unidos y Presidente de Honduras) y sus empleados; el comandante local y su pelotón de soldados, quienes debían actuar como policías cuando se los necesitara, y el vicecónsul norteamericano. La población de Puerto Castilla no sobrepasaría los 1,500 hombres, incluyendo hondureños, norteamericanos y negros de las Indias Occidentales. Los últimos quizás aventajaban en número a todo el resto.

Vorágine en el Trópico

En contraste con algunos amigos que parecían haber conservado tantas de las características que a nosotros nos gustaba considerar como norteamericanas, vi llegar a otros hombres de los Estados Unidos y comenzar a desmoralizarse no bien dejaban atrás la planchada del vapor. Algunos de estos hombres odiaban Puerto Castilla desde el momento que llegaban hasta que terminaba su contrato o eran enviados de regreso por cualquier otro motivo. Después que terminaban su trabajo cotidiano, no tenían ni ojos para ver ni oídos para escuchar nada interesante o agradable. Estos hombres encontraban refugio en el alcohol y en otros males.

Algunos vinieron a Honduras escapando de disgustos familiares, del escándalo o de alguna tragedia abrumadora. En esa comunidad fronteriza, nadie hacía preguntas, y uno no podía saber qué pesares, qué desilusiones, y qué penas acalladas estarían tratando de olvidar algunos de ellos. Conocimos a unos pocos de esta categoría. Había otros, sin embargo, que simplemente no podían conservar su moral y su dignidad sin "sostenes morales", tales como la iglesia, la familia y la buena opinión de los amigos y vecinos, quienes los habían mantenido en línea en su país. Cuando les quitaban estos sostenes, eran incapaces de mantenerse solos. Indudablemente, faltaba carácter, pero probablemente los más responsables eran la educación imperfecta y el medio ambiente. Todos ellos eran capaces de ganarse el sustento, pero nunca se les había enseñado a vivir. Pensé en ese momento, como sigo pensándolo ahora, que ese pro-

blema, como la mayoría de los problemas humanos, era fundamentalmente un problema de educación, y que el verdadero objetivo de la educación debe ser enseñarle a la gente a vivir, a pensar, a razonar, a observar, a criticar, a distinguir la verdad de la propaganda, el patriotismo de la agitación de banderas, el coraje del vocinglerío, la tolerancia de la indiferencia, y la virtud de la auto-rectitud; a reconocer la demagogia, provenga de los reaccionarios de izquierda que se llaman a sí mismos liberales, o de los reaccionarios derechistas, cualquiera que sea el nombre bajo el cual actúen. Creo que en la actualidad la necesidad de tal educación es tan grande y tan urgente que a menos que se satisfaga, y se satisfaga ahora mismo, nuestra pobre civilización tendrá pocas probabilidades de sobrevivir.

La Jungla

Los viajes al interior eran una diversión grata. El aspecto cambiante de la jungla mientras el ferrocarril se abría camino y se creaban como consecuencia nuevas tierras de cultivo, los animales, los pájaros y los reptiles, las proliferas plantaciones de bananas, daban una variedad y una frescura a estos viajes que nunca disminuyeron. No todas las tierras que se extendían a lo largo del ferrocarril eran apropiadas para el cultivo de las bananas. La jungla permanecía virgen durante muchas millas, y sus habitantes naturales deambulaban hacia el borde derecho del camino para atisbar con tímida curiosidad los ruidosos objetos sobre ruedas que invadían sus guaridas. Raramente veíamos alguno de ellos durante el día, pero después de la oscuridad, se volvían temerarios; las luces del tren se reflejaban en sus ojos, fascinados por el resplandor. Estábamos convencidos de que podíamos identificar a muchos de ellos, el ciervo, el jaguar y la pantera, por el tamaño y la forma de sus ojos. En algunas oportunidades, un animal atrapado en medio de la vía, reaccionaba como un pollo y se arrojaba con violencia contra la máquina.

Un ramal de ferrocarril llegaba hasta el río Negro. Una vez dejé mi zorra al final de las vías y remonté ese río con una partida de caza, en canoas tripuladas por indios. La jungla formaba un techo por encima de nuestras cabezas. Pájaros de todos los tamaños y de los plumajes más alegres revoloteaban en el aire. Los caimanes se deslizaban dentro del agua o nos observaban desde la costa llena de matas con sus ojos perversos y espumosos y sus narices por encima del agua. Era al mismo tiempo una especie de paraíso y una especie de infierno.

A veces, en algunos de mis viajes solitarios, pasaba la noche en una granja, me levantaba antes del amanecer, y llegaba al puerto antes de que saliera el sol. Esto era lo que yo más disfrutaba. Mi zorra podía recorrer cincuenta millas por hora, y yo la dejaba abierta. El aire húmedo de la selva era deliciosamente fresco. Mientras viajaba, solo pero nunca solitario, alerta a cada movimiento de la selva, sentía una libertad y un regocijo difíciles de describir.

Mi casa y su paisaje

La compañía frutera no sólo me construyó un consulado, sino que también lo amuebló. Y aún más,

todos los muebles, incluyendo la mesa de cocina, eran de caoba, la madera más barata en esa parte del mundo. En realidad, gran parte del ferrocarril había sido construido sobre durmientes de caoba. La nueva oficina-residencia era una cómoda casa de un solo piso construida sobre soportes especialmente altos porque se hallaba más próxima al mar que cualquier otro edificio. Tenía dos dormitorios, un living-comedor, una cocina y un cuarto adicional que usaba como oficina. Lo más importante era que tenía un amplio porche que se extendía a lo largo de toda la parte delantera, enfrentándose con la bahía. Este porche sería mi regocijo durante más de dos años. Iba a mi oficina a trabajar, a mi dormitorio a dormir y a veces, cuando tomaba una cocinera, iba a mi comedor a comer. El resto de mi tiempo en casa, lo pasaba en el porche, generalmente tendido en una especie de hamaca colocada en un extremo. Aquí, podía leer o dormir, y desde aquí podía mirar la bahía de Honduras, los relucientes navíos de la Gran Flota Blanca cuando entraban al muelle o se alejaban cargados de verdes bananas; a los caribes que navegaban por toda la bahía en su Kayukas de blancas velas, y luego volvían a su hogar tras haber ayudado a cargar los barcos; a la diminuta cadena azul de montañas que se encontraba detrás de la costa opuesta a seis millas de distancia y la ciudad de Trujillo que anidaba en su base, una línea blanca durante el día y un vacilante collar de oro durante la noche.

Desde mi porche podía ver a los tiburones nadando perezosamente, más allá de las rompientes. Los pelícanos volaban en derredor con aire de misteriosas caricaturas.

El pelícano es un pájaro maravilloso.
En su pico cabe más que en su panza.

Un pelícano alzaba vuelo, se zambullía y subía a la superficie con un pez culebreando en su pico o dentro de su buche, o deslizándose por su fina garganta. Volvía a remontarse y a descender. Aviador, pescador, glotón. El pelícano es, sin lugar a dudas, un pájaro maravilloso.

Mis quehaceres

Cada capitán visitaba el consulado para depositar los papeles de su barco. Cuando terminaban las formalidades, lo llevaba al porche y nos sentábamos a charlar, durante una hora o más. He oído muchas historias marinas. Pero con mayor frecuencia oía relatos de episodios acontecidos en tierra, oía hablar de las familias, de la granja cercana al mar o alejada del mar, que continuaba siendo un sueño, aunque un sueño vívido.

Transcurrían los días sin que realizara ni un solo servicio. Pasaba mi tiempo libre leyendo, viajando por ferrocarril y sobre todo escribiendo informes políticos. Disfrutaba enormemente del trabajo político. Estaba ansioso por saber qué era lo que hacía marchar o no las cosas en esta tierra de la que O. Henry ha pintado cuadros verbales, y la que, excepción de lo que estaba haciendo la compañía frutera, ha progresado tan poco desde que Colón echó anclas no lejos de mi consulado. O. Henry había estado en Trujillo, la

pequeña ciudad que se encuentra frente a la bahía. Aún vivían en la costa personas que pretendían haberlo conocido. El capitán de puerto de la compañía frutera era un "personaje" norteamericano llamado Henery. Decía haber conocido a O. Henry, y sostenía, en realidad, que este último había adoptado su seudónimo después de haber escuchado gritar a otros norteamericanos, "Oh Henery". No sé si la historia sea o no verdadera.

Trujillo

En el año 1923 se cumplía el 400 aniversario de la fundación de Trujillo, pero no creo recordar que los habitantes del lugar hubieran prestado atención alguna a la fecha. Para Trujillo era sólo otro año más, menos emocionante, pese a la guerra civil, y con menos esperanzas que muchos que le habían precedido. Trujillo, al igual que la España que le había dado nacimiento, había tenido sus días de gloria. Había sido el puerto madre de una orgullosa flota española. Había sido próspera, demasiado próspera, pues llegó a convertirse en la presa de los bucaneros que robaron sus riquezas y destruyeron su comercio. Cuando yo lo conocí, Trujillo tenía una población de cuatro mil habitantes aproximadamente. Se mantenía gracias al reflejo de la prosperidad de Puerto Castilla. Su antigua fortaleza española, usada como cuartel por la descalza tropa hondureña, era un testigo silencioso de la gloria pasada. Sus paredes derrumbadas y sus calles cubiertas de hierba revelaban la desnudez de su presente y la incertidumbre de su futuro. Era la capital del Departamento de Colón. Aquí vivían el gobernador y el comandante militar de la región.

Fué en Trujillo donde William Walker, filibustero norteamericano, una vez presidente de Nicaragua, fue entregado a la tropa hondureña por un capitán de la marina inglesa, y luego fusilado. Traté de localizar la tumba de esta figura romántica, pero nada ejemplar de la historia centroamericana, mas no tuve éxito. William Walker trató de conseguir un nuevo territorio para los Estados Unidos. Se creía a sí mismo un instrumento de nuestro "destino minifiesto", pero Centroamérica no se puso de acuerdo con él.

Los barcos de guerra

En agosto de 1924, un acorazado norteamericano, el Cleveland, visitó Puerto Castilla.

Lo que más me gustaba de esas visitas era que, como regla, se realizaban solamente cuando yo las solicitaba. Durante la revolución de 1924, yo, al igual que otros funcionarios consulares, tenía carta blanca para solicitar la presencia de un barco de guerra en cualquier momento en que, a mi juicio, su presencia fuese necesaria para la protección de las vidas y de la propiedad norteamericanas. No sólo podía solicitar la presencia de los barcos como lo hacía, sino que podía solicitar el desembarco de los marinos. En la actualidad, es difícil creerlo, ya que somos tan escrupulosos en abstenernos de intervenir en los asuntos internos de otros países —ahora tenemos la solemne obligación contraída mediante un tratado con otras repúblicas americanas, de no intervenir— que sólo pocos años atrás un vicecónsul que podía ser (como en mi caso) joven e inexperto tuviera tanta autoridad o ac-

tuara a su voluntad. Sin embargo, era verdad, y en esa época no parecía extraño.

Mientras estuve en Honduras, los marinos desembarcaron en varias oportunidades, aunque jamás lo hicieron en mi distrito. Cuando las cosas se volvían especialmente amenazadoras, yo solicitaba la presencia de un barco de guerra, pero nunca fue necesario hacer desembarcar a los marinos. En efecto, existía un mínimo de actividad revolucionaria en Puerto Castilla, y un mínimo de pérdidas de vida y de destrozos de propiedades, no debido a mí ni a la Marina de los Estados Unidos, sino porque mi distrito estaba tan aislado del resto del país que nos encontrábamos en el otro extremo de lo que pudiera suceder. Cuando la revolución llegaba hasta nosotros, ya había concluido en el resto del país, y no teníamos por qué pelear.

Mientras que a los cónsules se les otorgaba plena autoridad para llamar a los barcos de guerra y si fuera necesario, solicitar el desembarco de los marinos, ellos y las fuerzas navales se encontraban bajo ciertas restricciones que no habían existido previamente. Tan pronto como estalló la revolución de 1924, el secretario de Estado, Charles Evans Hughes, ordenó que se enviaran idénticas órdenes al Departamento de Estado y al personal naval que se encontrara en aguas de Honduras. Estas órdenes decían en pocas palabras que las fuerzas navales, al llevar a cabo sus deberes de proteger la vida y la propiedad norteamericanas, no debían participar en ninguna acción de la guerra civil que pudiera favorecer a una u otra parte. Ahora en la costa norte de Honduras el desembarco de los marinos era de rutina después de haber sido practicado durante tantos años. Una parte de la rutina era que si el ejército revolucionario se aproximaba a una ciudad mantenida por el gobierno, o viceversa, los marinos, amparados generalmente por los cañones del barco, requerirían que las fuerzas que protegían la ciudad, la evacuaran. Esto significaba que cualquier lucha que pudiera haber tenía que llevarse a cabo fuera de la ciudad. El fin, por supuesto, era disminuir la pérdida de vidas y las heridas de quienes no combatirían, al igual que la destrucción de la propiedad.

La batalla de La Ceiba

La batalla de La Ceiba, tal como la veíamos a través de los informes del cónsul, era emocionante, pero sobre todo era trágica. Existía una tendencia a ridiculizar las revoluciones centroamericanas, a considerarlas como algo que rayaba en lo cómico. Algunas de las caricaturas que aparecían en los periódicos extranjeros, cuando estallaba alguna revolución, eran suficientemente cómicas. O. Henry retrató en una prosa magistral el lado cómico de la guerra civil, pero su comedia sirvió principalmente para aligerar el patetismo y la tragedia que la rodeaban. Siempre me pareció que los retratos de O. Henry eran muy exactos. Era imposible ignorar la comedia de todo el procedimiento. Muchos, quizás la mayoría de los hombres que constituían los ejércitos litigantes, no sabían por qué peleaban. Esto no significaba necesariamente, que pelearan de mala gana. Muchos peleaban por el placer de luchar; muchos murieron por una causa que probablemente creían gloriosa. Por otra parte, a muchos les interesaba principalmente, lo que era natu-

ral dadas las circunstancias, estar al lado del vencedor; y cuando cambiaba la corriente de la batalla, la desertión hacia el lado más fuerte era casi total. La mayoría de los soldados eran reclutados y no usaban uniforme. Un bando se distinguía del otro por los brazaletes que usaban los soldados en el brazo. Generalmente, a los soldados no se los conocía como liberales o conservadores sino como Azules y Colorados. No era extraño que un soldado Azul llevara en su bolsillo un brazalete de los Colorados y viceversa, y no vacilaban en cambiárselo cuando llegaba el momento. Puerto Castilla cambió eventualmente de manos mediante el recurso de cambiarse de brazaletes.

La tragicomedia

Aunque conocía muy bien la comedia que era inseparable de todo el proceso, me hallaba principalmente consciente de su tragedia. Desde mi punto de vista no es menos trágico morir en una revolución centroamericana que en un campo de batalla durante una gran guerra. Mientras las tragedias que son el resultado de una pequeña revolución, son pocas comparadas con aquellas provocadas por las grandes guerras, esto les importa muy poco a los individuos implicados. Una bala disparada por un revolucionario descalzo y sin uniforme puede ser tan mortífera como otra disparada en un campo de batalla europeo. Cuando nuestra intrevención posterior en Nicaragua dió como resultado la muerte de muchos infantes de marina norteamericanos, no vi nada cómico en las circunstancias, y estoy casi seguro que las familias de esos muchachos norteamericanos no pudieron ver nada cómico en ellas.

Tratamos de visualizar con exactitud lo que haría el cónsul cuando las balas comenzaran a penetrar por las paredes de madera del consulado, delgadas y sin revocar. Después de ponernos en su situación, decidimos que se escondería en la bañera. Cuando todo hubo terminado, me dijo que en efecto, se había metido en la bañera para protegerse cuando las descargas de los rifles y de las ametralladoras fueron tan fuertes como para no poder ignorarlas.

¿La victoria?

Antes de que hubieran transcurrido muchas horas, los mensajes radiales informaron que La Ceiba estaba en llamas. Las fuerzas invasoras habían ganado. Se había apoderado de la ciudad, o de lo que había quedado de ella. A otros les habrá parecido, como nos pareció a nosotros, que era una victoria vacía. Hubo muchas muertes y las pérdidas en propiedades eran muy elevadas y esto sucedía en un país que ya estaba empobrecido y acosado por las deudas, principalmente como resultado de sus primeras guerras civiles.

Poco tiempo después hablamos con una persona que había presenciado el incendio de La Ceiba. La compañía frutera había enviado una lancha al puerto vecino para observar lo que estaba ocurriendo. La lancha permaneció en el puerto durante la noche, y sus ocupantes observaron a la ciudad muriendo entre las llamas. La historia no era reconfortante. Tomamos la determinación de hacer todo lo que pudiéramos para evitar que una catástrofe similar recayera sobre Puerto Castilla o sobre Trujillo.

Tan pronto como se recibieron nuevas en Trujillo de que los revolucionarios habían ganado en La Ceiba y en otras partes de la costa norte, los partidarios de la revolución se dieron a conocer. Se unieron a ellos los desertores al gobierno y los oportunistas que generalmente esperaban sacar provecho del desorden. Por su lado, los partidarios del gobierno se acuartelaron dentro de la antigua fortaleza, y cerraron las pesadas puertas y entornaron las ventanas de sus casas para esperar los acontecimientos, mientras rezaba por la paz.

La intervención

El presidente Coolidge envió a Summer Welles a Honduras con el objeto de poner fin a la revolución que ya había costado tanto al país, y para inducir a los partidos políticos y a los grupos a cooperar para llevar al poder a un gobierno elegido libremente. Consiguió hacer esto con la cooperación de los representantes de los países centroamericanos vecinos. Uno de los caudillos militares de la revolución, el general Tosta, fué elegido presidente provisorio hasta tanto llamaran a elecciones. Estas se llevaron a cabo, y el doctor Paz Barahona, un civil que gozaba de gran prestigio en todo el país, se convirtió en presidente constitucional.

Resultó que el gobernador civil de Trujillo era leal a un bando mientras el comandante militar era leal a otro.

Un día, el gobernador, con el que me hallaba en términos amistosos, apareció en el consulado y solicitó asilo. Dijo que el comandante militar había ordenado su arresto y encarcelamiento.

El derecho de asilo

Los funcionarios diplomáticos y consulares norteamericanos, a la inversa de aquellos de la mayoría de los otros países, tienen prohibido por los reglamentos vigentes, otorgar asilo político. De ahí que le dijera al gobernador que no podía otorgarle asilo, pero que si deseaba permanecer en mi casa como invitado durante algún tiempo, me agradecería mucho tenerlo conmigo. El accedió rápidamente. Los temores que le indujeron a pedir ayuda eran bien fundados. Pocas horas después que él llegara al consulado, éste se vió

rodeado por un grupo de soldados. Permanecieron allí durante una semana. Yo entraba y salía del consulado con toda libertad, y cualquier otra persona podía hacer lo mismo, por supuesto, con excepción del gobernador. Los soldados nunca me pidieron que les entregara al gobernador, pero esperaban apoderarse de él en cualquier momento que saliera. Yo mantenía informado por radio al Departamento de la situación, evitando cuidadosamente usar la palabra "asilo". El Departamento, con su inescrutable sabiduría, no decía nada. Toda la responsabilidad quedaba a mi cargo.

Finalmente, el comandante militar, presintiendo que el gobernador tenía la intención de permanecer como huésped permanente, retiró sus soldados. Le sugerí a mi invitado que ya era hora que partiera. El accedió a hacerlo si yo le garantizaba su salida del país. Contesté que lo haría. Convinimos que él partiría cierta noche cuando no hubiera luna. Al dar la medianoche el gobernador (que se había disfrazado cuidadosamente con un par de anteojos ahumados) y yo dejamos el consulado y nos dirigimos hacia la playa, hasta un punto donde había un pequeño bote aguardándolo. El gobernador me estrechó la mano solamente y desapareció de la costa.

Mi traslado y ascenso

En marzo de 1925 recibí órdenes de trasladarme.

Había llegado a Puerto Castilla como vicedónsul y partía de allí como cónsul. Y aún había adquirido otro título, el de oficial del Servicio Exterior. Por el Acta de Rogers del año 1924, los servicios diplomáticos y consulares, que hasta ese momento habían funcionado en departamentos separados, fueron reunidos en un solo Servicio Exterior. Todos los funcionarios, diplomáticos y consulares, fueron comisionados como funcionarios del Servicio Exterior, y como tales, eran aptos para trabajos diplomáticos o consulares. Este fue un gran paso hacia la democratización del servicio. Derrribó la estúpida barrera que existía entre las dos ramas e hizo aptos tanto a los funcionarios consulares como a los diplomáticos para ascender mediante la promoción, a los más elevados puestos diplomáticos.

II

EN NICARAGUA

Managua, un pequeño pero importante puesto

El secretario principal de nuestra legación en Managua, Nicaragua, era Dana Munro, uno de nuestros funcionarios más distinguidos. Managua no era un puesto muy grande, pero era un puesto muy importante, debido a nuestra intervención militar. El mismo Henry L. Stimson había partido para Nicaragua para ayudar a terminar con la guerra civil. Estábamos manteniendo allí a varios miles de marinos. Sandino, el cabecilla de los guerrilleros, estaba en el escenario y se estaba llevando a cabo una pequeña guerra en la jungla. El Departamento decidió hacer regresar a Dana a Washington como jefe de la División Latinoamericana, y

se presentó el problema de reemplazarlo. Era un trabajo para un funcionario de alto rango, y un funcionario de Segunda Clase fué elegido para llenar esa vacante. Sin embargo algo sucedió, y no se juzgó práctico enviarlo. Entonces fué seleccionado un hombre de Tercera Clase, pero por una u otra razón, tampoco pudo ir. Y se designó por último a un hombre de Cuarta Clase, pero el Departamento decidió más tarde que no podía ser trasladado del puesto que desempeñaba en ese momento. Yo estaba entonces en la Séptima. Había estado observando muy divertido el procedimiento de llenar la vacante en Managua hasta que, de pronto, sin razón que lo justificara, decidí que el hombre que el Departamento designaría,

así fuera temporariamente, sería el viejo y buen Beau-lac.

Fué sólo un presentimiento, pero no un presentimiento bueno. Yo no deseaba el puesto. Trataba de mantenerme fuera de la vista de los funcionarios más altos del Departamento. Traté de ser más anónimo de lo que era, por más difícil que esto haya sido. En sentido figurado, me escurría por los corredores del Departamento de Estado. Fué inútil.

A Managua, con desgano

Una mañana sonó mi teléfono. Era la oficina de Carr, el secretario auxiliar, y el señor Carr deseaba verme. "Ya está", me dije. Estaba tan seguro de lo que sucedería como de que no deseaba abandonar Washington. Había una escapatoria posible. El Departamento, en uno de sus esfuerzos espasmódicos por hacer más liberales sus normas en el trato con su personal, había anunciado al servicio que en adelante, al hacer los nombramientos, trataría de tomar en consideración los deseos de las personas interesadas. Esto no significaba, por supuesto, que si uno quería ir a París era enviado necesariamente allí. Pero si París y Londres se hallaban disponibles, y uno preferiría París a Londres, entonces, no habiendo ningún otro inconveniente, sería enviado a París.

Esa era la idea general. Y era ciertamente una idea muy buena, al menos en teoría. En camino a la oficina del señor Carr, decidí hacerle saber, por supuesto, con mucha cortesía, que entre Managua y Washington, prefería Washington. El señor Carr me brindó una oportunidad. Me dijo que el Departamento tenía pensado encomendarme una misión: en Managua, por cierto. Continuó explicándome que Managua era un puesto muy importante y que muy bien podía sentirme orgulloso por haber sido elegido para desempeñarlo. Sonriendo de la manera más amable, me preguntó si estaba conforme con el nombramiento. Yo contesté, sin duda demasiado brevemente, que prefería permanecer en Washington. Supongo que los secretarios auxiliares del Estado no pueden tener presentes todas las circulares que existen en el servicio. De cualquier manera, el señor Carr rápida y concisamente me aclaró que no me había consultado acerca de mi viaje a Managua. Me lo había estado ordenando. Y partí hacia Managua.

La Intervención de 1912 a 1925 y el Gral. Emiliano Chamorro

Los Estados Unidos intervinieron en Nicaragua en 1912, y una "guardia de legación" compuesta por marinos norteamericanos permaneció en Managua hasta 1925. Tan pronto como evacuó el país estalló la guerra civil contra el partido que había dado su conformidad para nuestra intervención y al que indudablemente habíamos ayudado a mantenerse en el poder desde 1912.

El general Emiliano Chamorro, quien derrocó al gobierno de coalición existente y provocó con ello la rebelión de los liberales, había firmado el Tratado Centroamericano de Paz y Amistad que según esperábamos fomentaría el desarrollo de un gobierno ordena-

do y democrático. Invocamos el tratado, pero lo mismo estalló la guerra civil.

La Intervención de 1927 a 1933 y el Gral. José María Moncada

En 1927 regresaron los marinos, para permanecer hasta 1933. También en 1927, el coronel Henry L. Stimson, actuando como representante personal del Presidente Coolidge, visitó Nicaragua para hacer de mediador entre las facciones en guerra. La paz se firmó en Tipitapa, cerca de Managua. Los dos partidos en pugna, los liberales y los conservadores, accedieron a solicitar la supervisión de las elecciones nacionales, la de 1928, fué supervisada por una misión electoral encabezada por el general Frank McCoy, del ejército de los Estados Unidos, y entregó la presidencia al candidato liberal, el general José María Moncada, que había sido el líder militar de la revolución.

La Critica de las intervenciones y el Gral. Augusto César Sandino

Uno de los partidarios de Moncada, un joven revolucionario llamado Augusto César Sandino, se había negado a aceptar la paz de Tipitapa, y se había retirado a las colinas, con algunos partidarios, rebelándose contra el gobierno de Nicaragua y contra la intervención de los Estados Unidos. Nuestra intervención en Nicaragua, al igual que las intervenciones anteriores había provocado muchas críticas en otros países latinoamericanos, al igual que en los Estados Unidos. Sandino especuló astutamente con esto. Mientras se empeñó en una lucha de guerrilla contra los marinos y la Guardia Nacional de Nicaragua, también emprendió una guerra política contra los Estados Unidos en la prensa libre del mundo.

Exitos de Sandino con su guerra de guerrillas

Si bien nunca fue capaz de apoderarse y mantener una gran cantidad de territorio, Sandino pudo hostigar a sus opositores militares hasta el punto que la autoridad del gobierno nicaragüense era ejercida sólo precariamente en gran parte del país. Nunca pudo mantener ningún punto estratégico en el territorio organizado, pero a veces podía hacer que fuera difícil y caro para el gobierno mantener tal punto estratégico. Con frecuencia, los marinos y la Guardia se hallaban en gran desventaja ante sus tácticas de ataque. Su plan favorito era tender emboscadas a las patrullas del gobierno en las carreteras solitarias. Después de una o dos descargas que generalmente producían bajas a los gobiernistas, sus partidarios sin uniforme se dispersaban y se perdían en la jungla, para volver a agruparse en algún lugar distante.

Exitos con su guerra política

Su guerra política tenía también un alto grado de éxito. Apelaba a la aversión natural que sentían todos los latinoamericanos por la intervención en sus asuntos internos por parte del "Coloso del Norte", y la causa que él afirmaba representar era defendida con entusiasmo en los Estados Unidos por muchos liberales y otros, quienes dirigían una continua descarga de críticas contra el Departamento de Estado, hasta que los marinos fueron retirados finalmente en 1933,

con Sandino aún en la escena y una gran zona de Nicaragua aún sujeta a su periódico hostigamiento.

Dignidad espiritual

Se especuló muchísimo con el grado de sinceridad que encerraba la terca y en cierto modo exitosa oposición de Sandino a la intervención norteamericana en Nicaragua. Contaba entre sus simpatizantes con hombres de integridad y patriotismo al igual que con algunos individuos muy sospechosos y viciosos. Poco tiempo después de haberse retirado a los montes, asaltó y destruyó una valiosa instalación minera norteamericana situada en Nicaragua oriental, llevándose como prisionero al administrador de la mina quien, si mal no recuerdo, era un canadiense. Antes de abandonar la mina destruída, escribió un mensaje a los marinos norteamericanos, a fin de que lo encontraran cuando llegaran allí. Decía lo siguiente: "Vuestro gobierno alega que ha enviado marinos a Nicaragua para proteger las vidas y la propiedad extranjeras. Para demostrar que vuestro gobierno no puede proteger las vidas y las propiedades extranjeras, y que la intervención no puede ser justificada sobre esa base, he destruído esta mina extranjera y he tomado prisionero a su administrador extranjero". Indudablemente, en eso tenía cierta razón.

Crueldad y barbarismo

Y en contraste con el idealismo que se atribuía, varios dirigentes de la revolución liberal me dijeron que Sandino había sugerido en varias oportunidades, durante el transcurso de la revolución, que los liberales solicitaran la ayuda de los Estados Unidos, y que aún al final se había ofrecido a aceptar la paz de Tipitapa si a él y a sus partidarios se les pagaba una suma de dinero relativamente pequeña. Por supuesto, accedió por escrito a aceptar la paz y luego no cumplió lo convenido. Y en contra también de la dignidad espiritual que se atribuía, los métodos de algunos de sus partidarios eran tremendamente crueles y bárbaros. "Pedrón" Altamirano, un cabecilla excepcionalmente salvaje de las fuerzas de Sandino, torturaba sistemáticamente a sus víctimas, que casi siempre eran pacíficos campesinos a quienes robaba. Su método de ejecución favorito era el "corte de chaleco", que consistía en separar el cuerpo, la cabeza y los brazos de la víctima. Verdaderamente se podía sentir piedad por el pobre marinero o guardia o civil que cayera en las manos de Pedrón.

A punto de recibir un Corte de Chaleco

Yo también estuve a punto de encontrarme con Pedrón. El coronel Barney Vogel, más tarde general, me invitó a acompañarlo en un viaje de inspección a la zona norte o sea la zona de los bandoleros. Salimos de Managua en automóvil. En Matagalpa montamos en mulas y partimos hacia Jinotega, situada en la zona de los bandoleros, acompañados por una pequeña patrulla de guardias. Todo el viaje por los senderos de la montaña transcurrió sin novedades. Cruzamos el río Tuma y llegamos a Jinotega para encontrar a los marinos y a los guardias presas de gran excitación. Pedrón, con cerca de cien hombres, había cruzado el Tuma en el mismo punto que nosotros, y los

oficiales calcularon que no nos encontramos con el grupo por solo unos minutos.

Habiendo sido siempre un antiintervencionista

Durante mi estadía en Nicaragua tuve el sentimiento de que nuestras fuerzas armadas no tenían nada que hacer allí y que el país se pacificaría con mayor rapidez si las mismas eran retiradas. Y sin embargo, disfruté de la emoción que provocaba todo esto. Con seguridad, Managua no era un puesto de rutina, y el mío no era un trabajo de rutina, especialmente durante los largos períodos en que la legación estaba a mi cargo y yo era directamente responsable del desarrollo de la intervención.

Marinos vs. Guardia dirigida por Marinos

Antes de mi llegada, existieron bastantes disgustos entre la legación y algunos de los oficiales de alta graduación de las fuerzas norteamericanas en Nicaragua. Estos últimos, con cerca de cinco mil marinos bajo sus órdenes, pensaron aparentemente que eran "una gran sacudida" en la pequeña Nicaragua, y estaban muy celosos de su prestigio. Las relaciones entre la brigada de marinos y la Guardia dirigida por marinos no eran buenas. Hago mención de estas cosas, no para criticar a persona alguna, sino para ilustrar las complicaciones que generalmente se hallaban presentes en nuestras intervenciones armadas. Estos disgustos habían desaparecido o tendían a desaparecer en la época en que llegué a Nicaragua, y debo decir que durante los cuatro años que pasé allí, ni el ministro ni yo cuando estaba a cargo tuvimos ninguna dificultad en este aspecto.

Marinos que después se hicieron famosos

Siempre me llevé bien con los marinos. A algunos de ellos los había conocido en Haití durante los primeros años de la intervención. Barney Vogel había estado allí y estaba por regresar nuevamente. El coronel "Moc" McDougal había comandado allí la Gendarmería. Muchos de los oficiales de la marina se convertirían en mis compañeros de diversión. Muchos de ellos dirigían nuestras fuerzas en el Pacífico Sur entre 1941 y 1945, donde utilizarían las lecciones aprendidas en Nicaragua. Algunos de sus apellidos se volverían famosos en todos los hogares norteamericanos y en muchos países extranjeros. Evans Carlson y Merritt Edson se contaban entre ellos. Algunos, Ralph Mitchell, Julián Smith, Pat Mulcahy y Pedro del Valle serían ascendidos a generales. Louis Puller que también había servido con mi hermano en Haití, y quien encabezando una pequeña patrulla de Guardias penetró en el fuerte de Sandino y destruyó su campamento y estuvo a punto de capturar al mismo Sandino, se distinguiría más adelante en Guadalcanal y luego en Corea.

Sobrevolé toda Nicaragua con pilotos de la Marina, y también los países vecinos. Después del terremoto de 1931, viví durante algún tiempo con los oficiales solteros en el campo de aviación. En Nicaragua, los marinos eran responsables ante el comandante del Escuadrón de Servicios Especiales, quien visitaba Managua de tanto en tanto, con sus ayudantes y consejeros. El almirante Campbell, mi antiguo jefe en

Newport, tuvo ese cargo por un tiempo. Un oficial naval que nos visitaba con frecuencia era el teniente Roscoe Hillenkoetter después almirante, quien estuvo en La Habana con Summer Welles durante los últimos días de Machado, y quien llegó a ser el agregado naval del almirante Leahy en Vichky. Vi a "Hilly" en Madrid cuando partió de Francia, justo a tiempo para conseguir un barco y ser atrapado en Pearl Harbor. Más tarde comandó el "Missouri". Hilly poseía todos los atributos de un diplomático al igual que los de un oficial naval.

Ingenieros militares del estudio del Canal

Además de los marinos, teníamos en Nicaragua una compañía de ingenieros militares que se hallaban encargados de estudiar la ruta del canal propuesto a Nicaragua. Estaban apostados en Granada, junto al lago de Nicaragua, y los veíamos con menor frecuencia que a los marinos. Integraban un equipo técnico y se limitaban a su labor. Su comandante era el mayor Dan I. Sultan. Durante la guerra con el Japón habría de comandar nuestras fuerzas en Birmania con el grado de teniente general. Uno de sus oficiales era Leslie Groves, cuyo nombre se hallaría tan asociado con el desarrollo de la bomba atómica.

Militar de carrera, de diplomático en Managua

Como para acentuar la atmósfera militar existente en Nicaragua, Charlie Eberhardt, quien era ministro a mi llegada, fue sucedido muy pronto por Matthew E. Hanna, graduado de West Point que ya poseía una distinguida carrera militar antes de unirse al Servicio Diplomático. "Matt" llegó a Nicaragua como consejero de la legación, pero muy pronto fue nombrado ministro, y aún permanecía allí cuando abandoné el país en 1933. Siendo un oficial joven había sido auxiliar del mayor general Leonard Wood, en Cuba. Había organizado el sistema de escuelas públicas en esa isla después de la guerra Hispano-Norteamericana. Años después, cuando serví en La Habana, descubrí que Matthew Hanna era aún recordado allí.

Militar de porte y de modales, aun cuando trataba de no serlo, Matt era un diplomático de corazón. De él aprendí valiosas lecciones en diplomacia. Había servido en Europa, en Méjico, y en Perú, al igual que en el Departamento, como jefe de la División de Asuntos Mejicanos, cuando se desempeñaba Hughes como secretario auxiliar de Estado, y también había sido inspector diplomático. Tenía un genio especial para reducir los problemas a lo esencial, y luego se atenía a ese mínimo. Pero lo mejor de él, al menos para mí, era su increíble habilidad para sacar ventajas de la adversidad. En la diplomacia, al igual que en otras carreras, tenemos nuestros altos y bajos, nuestros triunfos y fracasos. Cuando Matt fracasaba en algo, jamás se sentía abatido ni pregonaba su desgracia o trataba de echarle la culpa a alguien. Se ponía a trabajar para descubrir cómo podía capitalizar su fracaso, cómo podía utilizarlo para conseguir algo más importante de lo que había perdido. Durante los cuatro años que pasé con él, nunca lo vi fracasar al utilizar este procedimiento.

Las lecciones de Hanna

Otra lección que me enseñó Matt era que no existía victoria diplomática a menos que ganaran ambas partes. El sabía que las naciones, como los individuos, actúan movidos por lo que creen su mayor interés, y que si uno quiere inducir a un gobierno a hacer algo, entonces lo mejor es someterse y demostrarle que lo que uno quiere que haga es en beneficio de los intereses de ese gobierno. Esto requiere paciencia, tacto, comprensión y conocimiento de la materia. Requiere amistad, mutuo respeto y confianza. Más que todo, requiere trabajo. Las notas por escrito no lo conseguirán. El tener razón o la rectitud, no lo conseguirán.

"Y luego —diría Matt—, cuando consigues que el gobierno acceda a hacer lo que tú quieres que haga, no te andes pavoneando ni te jactes de lo que has hecho. En tu patria podría convertirse en buenos titulares, pero quizás sea la última oportunidad que tengas de alardear, al menos mientras te encuentres en ese determinado país. Lo que debes hacer es todo lo contrario. Debes dejar que el gobierno extranjero se guarde el mérito. En primer lugar tiene derecho a guardárselo. En segundo lugar, cualquier cosa que haga, lo hará mejor si lo puede presentar a su pueblo como una iniciativa propia".

Matt tenía otra característica muy conocida por sus amigos, la de convertir cualquier clase de puesto en algo importante. Para él no había puestos de rutina. Cada puesto ofrecía oportunidades para el despliegue de iniciativas, para realizar cosas importantes para los intereses de los Estados Unidos y para estrechar relaciones amistosas y constructivas con otros países. El puesto de Matt era siempre importante. En Nicaragua era el puesto más importante de Latinoamérica. Era ciertamente importante, y Matt lo hacía más importante. Ningún otro puesto entrañaba los problemas políticos especializados que nosotros teníamos en Managua. Con seguridad, ningún otro puesto en Latinoamérica se hallaba tan expuesto a los ojos del público y ningún otro aspecto de nuestras relaciones exteriores estaba tan azotado por el ataque público como lo era nuestra intervención en Nicaragua. Quizá en ninguna otra parte había más acechanzas tendidas para el diplomático imprudente.

Y aunque estas cosas no hubieran sido ciertas, Matt aún hubiera hecho de Managua un puesto importante. De Nicaragua partió como ministro a Guatemala. En esa época yo me encontraba en Washington ocupándome de los asuntos centroamericanos. No me sorprendí cuando Matt me escribió que consideraba a Guatemala como el puesto más importante de Latinoamérica. El deseaba que la misión en Guatemala fuera ascendida al rango de embajada. Se prestó escasa atención a su sugerencia. Se hallaba demasiado adelantado para su época. En la actualidad, todas nuestras misiones en Latinoamérica son embajadas.

Diferentes tipos de intervención en Nicaragua y Haití.

Descubrí que el tipo de nuestra intervención en Nicaragua difería muchísimo de la intervención en Haití. En realidad, el único fenómeno común a ambos

parecía ser que en cada una de ellas habíamos organizado una guardia civil con fines apolíticos, y cada una de ellas había provocado una resistencia armada, entre los cacos en el caso de Haití, y entre los sandinistas en el caso de Nicaragua.

En Haití habíamos intervenido cuando cayó el gobierno y comenzó la anarquía. En Nicaragua habíamos intervenido durante una guerra civil, cuando el gobierno del país, si bien no controlaba todo el territorio del país, aún seguía funcionando como gobierno.

Cuando intervenimos en Haití, ya había empezado la Primera Guerra Mundial, y en el estado de anarquía existente en la isla, tuvimos el presentimiento de que nuestra propia seguridad se hallaba comprometida. En Nicaragua, la seguridad del Canal de Panamá era uno de los factores que invocábamos, pero no había estallado ninguna guerra ni tampoco parecía inminente.

Cuando abandoné Haití, el país se hallaba en paz, y sólo una fuerza de ochocientos marinos permanecía allí como garantía. En contraste, la brigada de Nicaragua tenía una fuerza de 4,500 hombres, y la Guardia Nacional se encontraba en gran parte mandada por marinos. Los marinos y la Guardia se hallaban ambos empeñados en una lucha contra Sandino.

En Haití habíamos construído caminos y escuelas, mejorado la sanidad y desarrollado la agricultura, todo esto con miras a crear una base sólida para el desarrollo económico, social y político del país. En Nicaragua, en cambio, no habíamos construído ni un solo kilómetro de carretera, no erigimos ni una escuela o cualquier otro edificio público, ni hicimos nada por mejorar la agricultura o la sanidad, o para influir de cualquier manera en el rudimentario sistema educacional. En una intervención anterior ayudamos a mejorar las finanzas de Nicaragua, como lo habíamos hecho en Haití y ayudábamos a crear una comisión de reclamos al estilo familiar; pero en general dejábamos al gobierno de Nicaragua completamente solo para el manejo de sus asuntos gubernamentales.

Nuestra fe: Guardia apolítica y elecciones supervisadas

En Nicaragua parecíamos cifrar nuestra fe en la evolución democrática, en la guardia civil o Guardia (la que se suponía apolítica) y en las elecciones supervisadas. Aparentemente, la teoría consistía en que si el ejército era mantenido al margen de la política —un objetivo muy difícil de alcanzar y si nosotros supervisábamos y con ello garantizábamos la imparcialidad de algunas elecciones nacionales, la evolución democrática llegaría como una consecuencia natural. Digo que ésa era la teoría. Pero más probablemente era una esperanza.

En contraste, hasta la época en que partí de Haití, no supervisamos allí ni una sola elección. En realidad, no había habido ni una sola elección que mereciera ese nombre desde el comienzo de la intervención. En vez de eso, habíamos ayudado a organizar y habíamos participado en una especie de dictadura sobre el pueblo haitiano.

Naturalmente, reflexionaba acerca de estas diferencias y me preguntaba el porqué de su existencia. Por supuesto, había razones para ello. En Haití, prácticamente asumimos el gobierno, o al menos departamentos técnicos, encontrando poco resistencia. Es dudoso que pudiéramos haber hecho esto en Nicaragua sin enfrentarnos con una gran resistencia. Tampoco deseábamos hacerlo. El Departamento de Estado no deseaba de ningún modo intervenir, ni tampoco quería acceder a supervisar las elecciones. Y sin embargo, la necesidad que tenía Nicaragua de caminos, hospitales, escuelas, sanidad y sobre todo de educación diferían sólo en grado de las de Haití. Y los haitianos necesitaban prepararse en los procedimientos democráticos, al menos tanto como los nicaragüenses.

Intervención anticientífica

En verdad parecía ser que nuestras intervenciones no eran científicas. Eran intervenciones en los asuntos internos de otros países soberanos, y por supuesto, su carácter variaba con el tiempo y con otras circunstancias. No se podía llevar a cabo ningún plan común o ideal. Nuestras intervenciones eran realizadas con renuencia. Se desarrollaban confusamente. La de Haití fué mucho más comprensible que la de Nicaragua, y dió como resultado una transformación mucho más evidente del país, al menos en el aspecto material. Probablemente, ambas intervenciones salvaron vidas, vidas nicaragüenses y haitianas; aunque también costaron vidas, incluyendo vidas norteamericanas.

Admitiendo, a los fines de la discusión, que nuestra intervención era justificada, o que no podíamos dejar de intervenir, no me parecía que poseáramos la maquinaria adecuada para llevar a cabo las intervenciones para que resultaran de la mayor utilidad posible al país afectado y a nosotros mismos. Sea cual fuere la teoría, el Departamento de Estado era quien controlaba nuestras intervenciones, al menos después de la fase militar inicial, y eso significaba generalmente dos o tres personas del Departamento de Estado que desempeñaban esa función con la mano izquierda, mientras con la derecha seguían realizando su trabajo diplomático ordinario. Estos hombres eran honrados, muy inteligentes y competentes, expertos en Latinoamérica. Pero no eran expertos en intervenciones, o en gobernar otros países. No podían serlo. El Departamento de Estado no tenía una experiencia que mereciera tal nombre en esa clase de trabajo. No era trabajo para el Departamento de Estado. Tampoco el Departamento tenía las herramientas necesarias para ese trabajo. En el caso de Nicaragua podía usar la armada y su Cuerpo de Marinos, y un grupo de individuos seleccionados del ejército para ayudar a supervisar las elecciones, pero eso era todo lo que podía hacer. Y la Marina podía prestar ayuda militar y ayudar a supervisar las elecciones, pero nada más.

Falta de comunicaciones ideal para guerrillas

Ilustraré lo que quiero significar. Una de las ra-

zonas por las cuales Sandino podía mantenerse tanto tiempo e infligir tanto daño a los marinos y a la Guardia, consistía en que las comunicaciones en la zona norte eran tan malas que el gobierno y sus aliados, los marinos, aún con recursos más superiores, no podían abarcar la zona adecuadamente. El país se prestaba de una manera ideal a las operaciones de los guerrilleros, y Sandino sacaba ventaja de esa circunstancia. A su vez, las operaciones de Sandino interrumpían la normal vida económica de la región, lo que daba como resultado la desocupación de cientos de campesinos. Entre estos desocupados Sandino reclutaba nuevos partidarios. Les brindaba protección a ellos y a sus familias, y también alimentos.

Matthew Hanna concibió tempranamente un plan de construcción de carreteras en la zona de los baderos que hubiera mejorado la posición militar del gobierno, facilitando las comunicaciones, y que probablemente habrían ahuyentado a muchos de los partidarios de Sandino, al ofrecerles la oportunidad de un trabajo remunerado. Los marinos habían gastado . . . 700,000 dólares solamente por trasportes en carreteras tiradas por bueyes, en menos de dos años. La construcción de carreteras podría haber reducido en gran parte estos gastos. En principio, este plan nunca encontró oposición, pero era imposible llevarlo a cabo. Nuestro gobierno podía gastar grandes sumas para mantener a los marinos en Nicaragua, pero no podía gastar un centavo en construir caminos de gran valor militar como económico.

No ayudábamos a los nicaragüenses

Naturalmente, también pensé si deberíamos o no embarcarnos en intervenciones unilaterales. Sentía verdaderamente que nuestra intervención en Haití había beneficiado a los haitianos, al menos en ese momento. El bien que nos había hecho a nosotros era otro asunto. En cuanto a Nicaragua, no podía convencerme de que ayudábamos a los nicaragüenses o a nosotros.

La guerra civil había terminado como resultado de nuestra mediación, y la mediación sólo tuvo éxito porque accedimos a supervisar las elecciones. Es problemático cuánto hubiera durado la guerra sin nuestra mediación. Es indudable que en ese momento, nuestra mediación salvó vidas nicaragüenses. Pero aún no es claro si salvó o no vidas y propiedades extranjeras. La mayoría de las vidas extranjeras perdidas en Nicaragua durante ese período, se perdieron después de nuestra intervención, y gran parte de la propiedad extranjera destruída lo fué después de nuestra intervención. Verdaderamente, Sandino tenía razón cuando dijo que en la práctica no podíamos proteger las vidas y las propiedades norteamericanas mediante la intervención.

Pero no sólo los extranjeros habían perdido vidas y propiedades después de la intervención sino también los nicaragüenses. Las pérdidas de Nicaragua como resultado de las guerrillas de Sandino, eran muy elevadas. Y que estas pérdidas eran atribuibles en gran parte a la intervención es un hecho que parecía confirmado por la circunstancia de que Sandino depuso

las armas pocas semanas después que nuestras fuerzas evacuaron el país. Aún me encontraba en Managua cuando él llegó allí comportándose como un héroe.

La víctima del "Coloso del Norte"

A pesar de que el gobierno conservador había solicitado nuestra intervención, y de que los liberales habían insistido en que supervisáramos las elecciones, tengo la certeza de que estos últimos, irritados por la intervención, juzgaban que los problemas internos de Nicaragua podrían ser solucionados con mayor facilidad si nosotros partíamos. Era la misma reacción psicológica ante la intervención que lo había encontrado en Honduras.

La intervención unilateral puede enfrentar una situación temporal y enfrentarla bien; pero su recuerdo permanece no sólo en el país donde se lleva a cabo la intervención, sino también en los países vecinos y en países más distantes, donde las razones de la intervención no son muy conocidas, o son mal interpretadas intencionalmente o no son aceptadas como válidas, mientras que el país afectado se convierte en otra víctima del arbitrario poder del "Coloso del Norte". Verdaderamente no podía comprender cómo una intervención en esas circunstancias podía resultar beneficiosa para los Estados Unidos.

De ahí que no debiera causar sorpresa el hecho de que toda la influencia que yo podía ejercer estuviera dirigida a terminar con la intervención en Nicaragua lo más pronto posible. Esto, por supuesto, coincidía con la política del Departamento, especialmente después que el señor Stimson fué nombrado secretario.

La Guardia concebida como fuerza policial por encima de partidarios.

Con los Estados Unidos interviniendo por la fuerza en Nicaragua, el trabajo de la legación se hallaba relacionado principalmente con los asuntos internos de Nicaragua, y especialmente con la intervención y su repercusión en la vida nicaragüense. Se había firmado un convenio para la organización y el adiestramiento de la Guardia. El gobierno de Nicaragua tenía que ser importunado a cada momento para conseguir fondos para el mantenimiento de la Guardia. La Guardia, dirigida por norteamericanos, desempeñaba deberes policiales y militares. En realidad, había sido concebida como una fuerza policial capaz de actuar como un ejército cuando fuera necesario. Los conflictos entre la Guardia y la población civil, que afectaban a veces a algunos oficiales norteamericanos, eran inevitables.

La situación militar derivada de las actividades de Sandino estaba siempre presente y era un tema frecuente de consulta y debate entre la legación y el comandante norteamericano de la brigada de marinos y de la Guardia Nacional. El presidente Moncada, militar él mismo y dirigente de la revolución liberal, naturalmente tenía sus propias ideas acerca de la situación militar, y la legación actuaba frecuentemente como amortiguador y conciliador entre él y las autoridades militares norteamericanas. La Guardia, bajo el

mando de los norteamericanos, se suponía por encima de la política partidista. Era más fácil convenir en este objetivo, que lograrlo.

Moncada casi declara guerra a Honduras

Además de supervisar las elecciones nacionales de 1928, supervisamos las elecciones de congresales en 1930, y las elecciones nacionales y presidenciales de 1932. Esto significa en cada caso que era necesario traer a Nicaragua gran cantidad de personal entrenado y sin entrenar, en su mayoría pertenecientes al Ejército y a la Marina. Este debería ser diseminado por todo el país. Debía ser protegido. Había que tomar precauciones contra el fraude electoral que fueran eficaces y no ofendieran al orgullo nicaragüense. Las relaciones entre Nicaragua y los países vecinos, particularmente con Honduras, de donde se sospechaba que Sandino recibía considerable ayuda, no eran siempre buenas, y la legación norteamericana tenía que estar preparada en cualquier momento a ejercer una influencia conciliatoria en esa dirección. Persegui al presidente Moncada por las montañas durante todo un fin de semana, tratando de disuadirlo de declarar la guerra a Honduras. Hubiera sido verdaderamente embarazoso que estallara una guerra con un país vecino mientras los oficiales de los Estados Unidos comandaran el ejército nicaragüense.

También estaba el problema siempre presente de proteger los ciudadanos y los intereses norteamericanos. Como hemos visto, el hecho de que varios miles de marinos se encontraban en el país no significaba que las vidas y las propiedades de los norteamericanos o de otros extranjeros podían estar seguras. Por el contrario, Sandino utilizaba la presencia de los marinos como un pretexto para atacar a los norteamericanos. En una oportunidad, mientras me encontraba a cargo de la legación, un gran grupo de sandinistas se abrió camino hacia la costa oriental y apareció en el extremo de la ciudad de Puerto Cabezas, el centro principal de una gran compañía frutera norteamericana. La pequeña guarnición de la Guardia fué derrotada en su primer encuentro con ellos, algunos guardias fueron muertos y algunos civiles fueron asesinados por los bandoleros. Era difícil enviar refuerzos, y pareció durante un tiempo que toda la ciudad, incluyendo una gran cantidad de ciudadanos norteamericanos, serían masacrados.

Barco de guerra para evacuar extranjeros

Cuando fué evidente que las vidas de estos norteamericanos corrían grave peligro, envié un radiograma al comandante de la escuadra de Servicios Especiales en Panamá y le pedí que enviara inmediatamente un barco de guerra a Puerto Cabezas, para evacuar a los extranjeros si era necesario. Habían pasado varios años sin que se practicara algo semejante, y el almirante que comandaba la escuadra dudó de mi autoridad para solicitar esa ayuda. Repetí la demanda en los términos más insistentes y el barco de guerra fué enviado. Llegó a tiempo.

No sólo fué el comandante de la escuadra de Servicios Especiales el que discutí mis derechos para

solicitar el barco de guerra. También lo hizo el comandante norteamericano de la Guardia. En realidad, protestó contra ello basándose en el hecho de que era él y no yo el responsable de la protección de las vidas y de las propiedades en Nicaragua. Yo sostenía a mi vez que como representante de nuestro gobierno en Nicaragua, no podía delegar la protección de los intereses norteamericanos en ninguna otra persona. Si la Guardia no era capaz de protegerlos, entonces yo tenía que encontrar otra forma de hacerlo. Nuestra grave discusión no afectó la sincera amistad que sentía por el comandante de la Guardia.

Enemistad insensata entre conservadores y liberales

Un fenómeno particular que había ayudado a mantener a Nicaragua dividida y había trabajado en contra del desarrollo de las instituciones verdaderamente democráticas, era la profunda rivalidad y casi enemistad que existía entre los conservadores de Granada y los liberales de León, una enemistad igual a la que existía entre un gran número de ciudades italianas durante la Edad Media. Muchos conservadores ni siquiera hablaban con sus rivales liberales, y los últimos correspondían a esto con entusiasmo. Dos de los dirigentes enemigos habían hecho saber que tirarían a matar si se encontraban en la calle.

Matthew Hanna sabía que todas las molestias que nos tomábamos para organizar la Guardia y supervisar las elecciones, todas las pérdidas de vidas y dinero norteamericanos no conseguirían pacificar a Nicaragua mientras continuara esta enemistad insensata entre los dos partidos. De ahí que él tratara de atacarla desde arriba. Le preguntó al presidente Moncada, líder del partido liberal, si accedería o no a cenar en la legación con Emiliano Chamorro y Adolfo Díaz, dos antiguos presidentes conservadores. La enemistad entre Moncada y Chamorro era especialmente profunda y permanente. De ahí que la invitación de Hanna fuera sensacional.

Para satisfacción de Hanna, el presidente Moncada, tras cierta duda, dijo que aceptaría. Luego se hicieron llegar invitaciones a Díaz y a Chamorro, los presidentes anteriores, quienes también aceptaron. Los dos ex presidentes y la mayoría de los otros invitados llegaron temprano. El presidente Moncada llegó algunos minutos después de la hora fijada, acompañado por sus ayudantes y por un grupo de guardias armados con rifles y ametralladoras. Los guardias procedieron a colocarse en lugares estratégicos, dentro y fuera de la legación. Recibí al presidente en la planta baja y lo escolté hasta el salón del segundo piso donde se hallaban reunidos los otros invitados. Mientras nos acercábamos al salón, fuimos recibidos por un susurro de conversación. Cuando llegamos a la puerta cesó toda conversación, y si se hubiera dejado caer un alfiler, hubiera sonado como un martillazo. La Sra. Hanna se acercó rápidamente a la puerta, cordialmente dio la bienvenida al presidente y lo llevó hasta donde se encontraba Emiliano Chamorro. Los dos opositores se dieron la mano. La gente volvió a respirar nuevamente. Luego, el presidente dió la mano a Adolfo

Díaz y saludó a los demás invitados. La conversación fué reiniciada, suave al principio y tomando luego volumen mientras pasaban los minutos. Cuando bajamos al comedor podría decirse que estábamos alegres. Existía, por supuesto, una sombra de histeria bajo la superficie.

Historia que se repite

La presencia de los guardias armados dentro de la legación ejercía un efecto de sosiego sobre la concurrencia, y verdaderamente fué una asamblea solemne la que se sentó a la mesa. Me resultó especialmente difícil mostrarme alegre o aun natural. Me preocupaba principalmente el hecho de que las luces pudieran apagarse. La instalación eléctrica de la legación no era muy buena, y no era extraño que se quemara un fusible durante una gran fiesta, sumiendo la legación en la semioscuridad. No podía dejar de pensar en lo que harían los guardias si se apagaban las luces. Estaba seguro que el ministro y la Sra. Hanna pensaban en lo mismo, y más tarde me confesaron que así era.

Sin embargo, el matrimonio Hanna hizo gala de buen humor y de alegría, y la voz profunda de Matt y su risa resonaban en la habitación. Gradualmente, el grupo comenzó a tranquilizarse. Sin embargo, la noche nos reservaba otra emoción. Se sirvió champaña, y el ministro brindó con el presidente. Los demás, a su vez, levantaron las copas y bebieron. El presidente, levantando su copa miró en dirección a Emiliano Chamorro, que aún tenía la suya levantada. Mirando a Chamorro en los ojos, el presidente le preguntó: "¿Por qué le tiembla la mano, general?" Cesó toda la conversación. Todos los ojos se posaron en el general Chamorro. Este se mostró a la altura de la situación. "De emoción, señor Presidente", contestó. Bebimos con el presidente y con el ex presidente, y, los guardias bajaron sus ametralladoras.

El Terremoto de 1931

A fines de marzo de 1931, regresé después de haber pasado mi licencia en los Estados Unidos. Llegué a Managua con un gran resfrío. El matrimonio Hanna en vez de dejarme ir a un hotel, fué lo suficientemente amable como para invitarme a permanecer en la legación. Luego partieron hacia Guatemala para pasar allí Semana Santa. Guardé cama durante varios días, descansando y recuperándome. En la noche del 30 de marzo comencé a leer una novela que transcurría en Hawai. El clima de la historia era el de un terremoto devastador. El relato era realista, y ya había pasado la medianoche cuando lo terminé y me dormí.

Me desperté tarde, me vestí por primera vez desde que había tenido que guardar cama. Mi dormitorio se hallaba en el segundo piso de la legación. Para llegar al piso bajo era necesario cruzar un amplio porche de madera que se extendía a lo largo de casi todo el edificio hasta llegar a una escalera exterior sólidamente construída en cemento. Comencé a cruzar el porche. Cuando aún me encontraba a diez o quince pies de distancia de la escalera, el mundo que se encontraba ante mi vista se desintegró.

No hubo ninguna advertencia. La tierra se movía lateralmente algunas pulgadas en una serie de convulsiones, y Managua fué destruída. Cuando me dí cuenta del movimiento, que no fué lo suficientemente fuerte como para arrojarme al suelo, el edificio de la legación se hallaba en pleno proceso de derrumbe. Mientras que los pedazos se hallaban aún en medio del aire, se levantó una eneguecedora nube de polvo que borró la escena.

Sin duda todos han visto un film deteniéndose repentinamente en medio de la acción. Esa fué la impresión que me dió mi mundo destrozado. Lo que vi fué un movimiento suspendido, pero un movimiento de características violentísimas. En la actualidad puedo recordar muchos de los detalles. Una columna que ayudaba a soportar el techo se inclinaba sobre el patio en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Toda clase de objetos pesados colgaban en medio del aire; la antigua bañera del ala oeste; el busto esculpido del constructor de la legación y su primer propietario, las balastradas de cemento de la escalera. Todos estos detalles y algunos más fueron claros durante un instante. Luego, el film se cortó, y el cinematógrafo quedó sumido en la oscuridad.

La impresión del movimiento suspendido sólo fué una impresión. Un pesado estruendo semejante a un rugido no me permitió dudar de que no sólo el edificio de la legación era destruído, sino toda la ciudad de Managua. La serie inicial de temblores de tierra duró ocho segundos. Durante este tiempo pude sentir y escuchar desintegrarse el edificio de la legación. Piezas de mampostería, paredes y una parte del techo cayeron sobre el porche donde yo estaba de pie. El mismo parche se combó cuando las paredes del edificio se encorvaron hacia afuera. Pude oír el derrumbamiento del ala oeste que abarcaba las habitaciones del ministro.

Al pie de mi Legación

Eneguecido por el polvo, me mantuve firme en mi sitio. En mi caso, indudablemente, la acción había sido suspendida. No me sentía inclinado a correr. No había lugar hacia dónde correr. El patio se hallaba a treinta pies más abajo. No tenía ningún medio de averiguar si la escalera se hallaba aún en pie o qué parte del mismo porche se hallaba aún intacta. Tan peligrosa como era mi situación, sólo podría haberla abandonado con mayor peligro.

Pasaron muchos minutos antes de que el aire estuviera lo suficientemente claro como para permitirme ver los objetos que se hallaban a mi alrededor. En el intervalo se sucedieron nuevos temblores que causaron el derrumbamiento de otras partes adicionales del edificio. Finalmente, el polvo se asentó lo suficiente como para permitirme ver que la escalera se hallaba aún en pie. Las balastradas de cemento habían desaparecido, y varios centímetros de cascotes cubrían los peldaños. Cuidadosamente, pero tan rápido como me era posible, escogí mi camino por encima de los cascotes y llegué a la planta baja, donde descubrí que la entrada del edificio estaba intacta y libre. En pocos segundos estuve en la calle.

Cuando hubo pasado toda la excitación del terremoto, no pude dejar de pensar si mis reacciones en ese momento habían sido voluntarias o involuntarias. He pasado por muchos "temblores" como los llaman en los países de habla hispana, y sé por experiencia que la reacción natural es correr. No puedo decir si hubiera echado a correr o no de haber visto hacia dónde correr. Sé que en esas circunstancias no sentía ninguna inclinación a echarme a correr. El instinto me ordenaba permanecer donde estaba hasta que pudiera ver. Por supuesto pudo haber existido una parálisis mental momentánea que me ayudó a quedarme quieto; sin embargo mi sentimiento en ese momento y más tarde, era el de una clara conciencia de lo que ocurría. Por ejemplo, supe inmediatamente que el desastre era un terremoto. Nicaragua, por supuesto, es un país de terremotos. Los temblores son frecuentes. Se habían producido terremotos anteriormente en la historia de Nicaragua. Existen volcanes en actividad a pocas millas de Managua. Yo mismo había sentido las convulsiones laterales de la tierra o quizá, las reacciones del edificio ante ellas. Nunca pensé que fuera otra cosa que un terremoto. La comparación entre lo que vi y la escena móvil que repentinamente deja de moverse no se me ocurrió horas o semanas después del suceso, sino instantáneamente. Aún más, si bien pude haber estado, durante un breve período, demasiado paralizado para moverme, se me ocurrió más tarde, mientras esperaba que se asentara el polvo, que podría tratar de abrirme camino para llegar a la calle. Rechacé la idea por considerarla demasiado peligrosa.

Don Adolfo Díaz enhiesto en su automóvil

Es difícil, por supuesto, estar seguro en esas circunstancias de hasta qué grado nuestros procesos mentales están paralizados por el shock. Recuerdo que poco después que llegué a la calle, Adolfo Díaz, el presidente anterior, pasó junto a la legación. Don Adolfo estaba sentado enhiesto en el asiento trasero de su automóvil abierto. Su rostro estaba blanco como la tiza. No miraba ni hacia un lado ni hacia otro de la calle. No tenía el aspecto de un ser viviente. Algunas semanas después del terremoto visité a Díaz en su plantación de café situada en las colinas, cerca de Managua. Recordó que había pasado cerca de la legación y que me había visto en la calle. Me dijo que jamás había visto a ninguna persona que pareciera tan asustada como yo aquella mañana.

Es difícil describir la escena de desolación y terror que vieron mis ojos cuando salí de la legación a la calle. Hasta donde alcanzaba mi vista, en ambas direcciones, la calle estaba recubierta por los despojos de los edificios caídos. Nada parecía estar intacto. En las calles, la gente o lloraba o se hallaba enmudecida por el shock. Un caballo pasó corriendo, sus patas rígidas por el terror. A pocas cuerdas había estallado un incendio, y las llamas ya llegaban hasta el cielo. El viento soplaba desde la zona incendiada hacia la legación. Era evidente, que la tarea inmediata, en cuanto a mí se refería, era tratar de salvar la legación de las llamas. El edificio ya estaba destruido,

pero gran parte de su contenido podía ser salvado, si se lo protegía del fuego.

Permanecí frente al edificio de la legación durante varias horas, cooperando con los marinos que trataban de controlar el fuego, recibiendo mensajes de los comandos de la Marina y de la Guardia, aprobando medidas para controlar el desorden y aliviar a la población, enviando mensajes entretando al Departamento de Estado, mediante la estación de radio del Cuerpo de Marina, que continuaba funcionando.

Más o menos hasta una hora después que ocurrió el terremoto, pensé que yo había sido la última persona en abandonar el edificio. El matrimonio Hanna, por supuesto, estaba de viaje. A algunos de los sirvientes se les había concedido licencia para la Semana Santa. La cocinera estaba en el mercado. Pero sin yo saberlo, aún había otra persona en el edificio, y así es cómo la descubrí.

Sin saberlo salvé a la hija de mi cocinera

Cuando regresé de mis vacaciones en los Estados Unidos, había traído conmigo un flamante automóvil. No había tenido oportunidad de utilizarlo. En el momento del terremoto estaba guardado en el garage de la legación, que era una especie de cobertizo anexo al ala oriental del edificio. El garage se había derrumbado y mi nuevo automóvil estaba cubierto por los escombros. Mientras me hallaba fuera de la legación, observando las llamas que llegaban hasta ella, la idea de que mi nuevo automóvil que jamás había manejado, iba a perderse, se me hizo intolerable. Los temblores continuaban a intervalos regulares, y todo el ala oriental situada por encima del garage amenazaba derrumbarse. Sin embargo, trepé por los escombros, conseguí abrir una puerta del automóvil, entré en él y apreté el acelerador. El motor estaba intacto. Dando marcha atrás, salí a toda velocidad, y el automóvil, los escombros y todo lo demás salió volando a la calle. En medio de toda la tragedia y el sufrimiento del terremoto, casi me sentía triunfante; sobrio indicio, supongo, del egoísmo y de los impulsos materialistas que el mismo desastre no logra sumergir totalmente.

Estacioné el automóvil por los alrededores y regresé a la legación a tiempo para ver a la pequeña hija de la cocinera, de tres años de edad, trepando por encima de los escombros. Había sido atrapada en la cocina, sin ninguna vía de escape hasta que yo hube rescatado el automóvil, abriendo de este modo una salida. La madre de la criatura, al regresar, se encontraba fuera de sí de gratitud porque yo había "rescatado" a su pequeña hija. Poco importó que le dijera, con toda honestidad, que no sabía que la niña estaba en la cocina.

Ningún funcionario de la legación resultó muerto o herido de gravedad en el terremoto. Uno de los empleados había ido con algunos amigos a una especie de hostería situada frente al Lago Asososca. El lago, que es la fuente abastecedora de agua de Managua, se encuentra al pie de un volcán extinguido. Cuando ocurrió el terremoto, la hostería junto con todos sus ocupantes se vino abajo y se deslizó por la pendiente del cráter. Nuestro empleado escapó milagrosamente con sólo unas pequeñas raspaduras.

El fuego acaba con todo

Controlar el fuego era una tarea casi sin esperanzas. Estábamos próximos al fin de la estación seca, y las estructuras de madera de los edificios, expuestas por el terremoto, ardían como teas. El terremoto había hundido la estación de bombeo de la laguna de Asasosca bajo una montaña de tierra y las cañerías de agua estaban rotas. Al final pareció como si el fuego de la zona de la legación estuviera apagándose. Me dirigí a los cuarteles de los marinos, en el Campo de Marte y envié un telegrama al Departamento en el que les informaba que creía que la legación estaba a salvo de las llamas. Cuando acababa de ser enviado el mensaje, llegó un marinero para avisarme que la legación estaba incendiándose. Al llegar yo allí, el edificio era una masa ignea. Se había perdido todo lo que había en su interior, incluyendo los archivos de la legación y todos los efectos personales del señor y de la señora Hanna. También se habían perdido todos mis efectos personales, pero los mismos no sumaban gran cosa.

El ministro y la señora Hanna llegaron por avión de Guatemala al día siguiente del desastre. Los recibí en el aeropuerto. Matt ya sabía que la legación se había incendiado. Me hizo una sola pregunta: "¿Se perdió todo?" "Todo", contesté. Inmediatamente voló su atención a la urgente tarea de organizar y dirigir las operaciones de socorro, y hasta después de algunas semanas no hizo ninguna referencia acerca de sus pérdidas personales.

En mi primer telegrama enviado al Departamento pocos minutos después de haber logrado salir del destruido edificio de la legación, pedí ayuda para la incendiada ciudad a la Cruz Roja norteamericana. Antes de terminar el día, el Departamento me informó que se había hecho una donación inicial de 10,000 dólares. Esta aumentó más tarde a 60,000 y luego a . . . 100,000 dólares.

En 1931, Managua era una ciudad de alrededor de 60,000 habitantes. Un alto porcentaje de la misma, según su costumbre, había dejado la ciudad antes del 31 de marzo para pasar la tórrida Semana Santa en las colinas o en la playa. De no mediar esta circunstancia, la pérdida de vidas provocada por el terremoto hubiera sido aún más elevada. Pero aun así la Cruz Roja y los servicios armados habían recogido y enterrado más de mil víctimas. Otros murieron presa de las llamas y muchos más quedaron sepultados durante meses bajo el adobe. El número de heridos ascendía a varios miles. Casi todas las personas de la ciudad habían quedado sin hogar. Sólo una docena de edificios se mantenían intactos, y más de treinta manzanas de la ciudad habían sido destruidas por el fuego.

Hanna, Sultan, Somoza y los Marinos frente al fuego

Matthew Hanna, él mismo sin hogar y sin efectos personales, consagró todas sus horas de trabajo durante las semanas subsiguientes a la tarea de cuidar y rehabilitar a los sobrevivientes del terremoto. El trabajo fué financiado en gran parte por la Cruz Roja

Norteamericana y administrado por un comité cuyo presidente era Hanna. Dan I. Sultan, comandante de los ingenieros militares en Granada, quien había llegado a Managua pocas horas después del terremoto con un tren cargado de materias de demolición y otras cosas necesarias, y encabezaba la batalla para dominar el fuego que amenazaba destruir toda la ciudad, era otro de los miembros. Otro más era Anastasio Somoza, en ese momento subsecretario de relaciones exteriores y más tarde presidente de Nicaragua.

Los marinos prestaron una ayuda valiosísima. Los livianos edificios de madera que habitaban habían sobrevivido al terremoto. Sus comestibles, que tan generosamente habían compartido, eran los únicos que estaban al alcance del pueblo. Se habían excedido a sí mismos en los trabajos de rescate y socorro. Los ingenieros militares, a las órdenes de Sultan, lucharon y dominaron el fuego y restauraron el sistema de agua corriente de la ciudad. En mi informe acerca del terremoto, publicado por la Cruz Roja Norteamericana, subrayé que la peligrosa tarea de reparar y hacer funcionar la estación de bombeo de la ciudad, en el cráter volcánico de Asososca, fué confiada a "un oficial de ingenieros, el teniente L. R. Groves, hombre enérgico y competente, quien después de varios días de ardua y peligrosa labor, consiguió detener los desprendimientos de tierra y desenterrar y proteger las bombas de agua, para que pudieran ser utilizadas".

La legación se estableció en una tienda de campaña, en el Campo de Marte. Dos tiendas vecinas servían de vivienda a la familia Hanna y el resto del personal. Matt tenía dinámica energía y era un organizador y administrador de excepcional habilidad. Pasé todo mi tiempo ayudándole. A mediados de mayo cesaron todos los trabajos de socorro porque ya eran innecesarios. El señor Ernest Swift el representante de la Cruz Roja que nos visitaba, calificó a la operación como un modelo de socorro.

Los Sandinistas, como buitres, sobre Managua

Mientras que los marinos y la Guardia se hallaban ocupados socorriendo a las víctimas del terremoto, sus enemigos tomaron la ofensiva. Los sandinistas se lanzaron sobre Managua como buitres. Llegaron hasta las costas del Lago Managua que se encuentra cerca de la ciudad. Sin embargo, el desorden que esperaban encontrar y del que esperaban aprovecharse, no se había producido, y muy pronto tuvieron que regresar al norte, perseguidos furiosamente por los marinos y la Guardia.

Después de varias semanas de excitación y trabajo, Matt Hanna me dijo que podía tomarme unos días de licencia. Volé a Panamá junto con Ralph Mitchell, quien comandaba la unidad aérea de la marina. En casa de George Merrill, secretario de la legación en Panamá, conocí a una muchacha norteamericana llamada Carrol Greene, quien se hallaba visitando a sus parientes, Harriet y George Peck, este último agregado comercial de la legación. Me pareció que nunca había conocido una muchacha tan atractiva como Caroll. Comimos y bailamos juntos y llegué a olvidar todo lo referente al terremoto. Cuatro años más tarde, nos casábamos en Wáshington.

A la Oficina Centroamericana en Washington

A fines de 1932, me enteré que el Departamento planeaba hacerme regresar a Washington para que me hiciera cargo de la oficina centroamericana. Estas eran buenas noticias. Había estado en Nicaragua durante cuatro años, cuatro años emocionantes y satisfactorios. Había aceptado el puesto con desgano pero este destino había resultado ser el más interesante de todos mis nombramientos hasta entonces. Managua era pequeña, polvorienta y tórrida. El país era pobre y falto de comodidades. La intervención, el bandolerismo, y los esfuerzos a veces heroicos del pueblo nicaragüense para resolver sus problemas políticos y de otra índole eran las cosas con las cuales había vivido. La vida no había sido monótona. No lamentaba los cuatro años que había pasado en Nicaragua. Sin embargo, me alegraba volver a mi país. Especialmente, estaba contento porque me habían asignado a la sección centroamericana, puesto que me parecía que Centroamérica era una zona acerca de la cual conocía algo.

Pero otro foco de perturbación me lleva donde Martínez a San Salvador

Con la inauguración del régimen de Juan B. Sacasa, elegido libre e imparcialmente bajo la supervisión norteamericana (aunque muy pronto sería depuesto por el general Somoza, nombrado recientemente comandante de la Guardia "apolítica"), y el retiro de los marinos de Nicaragua, el foco de perturbaciones en Centroamérica se trasladó ahora a El Salvador, que se hallaba justamente enfrente, cruzando la Bahía de Fonseca. Aquí negábamos el reconocimiento al régimen revolucionario del general Martínez, en base a nuestra interpretación de los términos del ahora famoso Tratado Centroamericano de Paz y Amistad del año 1923. El general Martínez, además de ser el vicepresidente de El Salvador durante el régimen recientemente depuesto, había sido ministro de guerra, y por el artículo II del tratado esto lo hacía no apto para el reconocimiento. A nosotros no nos importaba que El Salvador hubiera hecho ciertas salvedades respecto al artículo II al ratificar el tratado. Nuestra política debía guiarse por las disposiciones del artículo II y no reconoceríamos como presidente al general Martínez.

En vez de ordenarme partir para Washington, el Departamento me dió instrucciones para que siguiera camino hacia San Salvador, la capital de El Salvador, para hacerme cargo de la legación durante algunos meses. Esta orden me pareció sumamente oportuna, porque sabía que El Salvador sería uno de mis principales problemas en Washington, y la experiencia resultaría útil.

Con mis pocas posesiones empacadas en dos valijas y en un baúl de segunda mano que había comprado a un empleado de la legación, partí de Managua por tren, tomé un barco desde Corinto hasta La Libertad, y en pocos días me encontré cómodamente instalado en la legación que nuestro gobierno poseía en San Salvador. Me alegré de saber que había sido construída a prueba de terremotos. Viví allí durante tres

meses, cómodos y desocupados durante los cuales tuve poco trabajo rutinario y amplias oportunidades para viajar por todo el país.

Pese a la ausencia de relaciones formales entre nuestros dos gobiernos, me hice amigo de algunos funcionarios sobresalientes del régimen de Martínez y de muchos salvadoreños particulares. El Salvador estaba tranquilo, el gobierno se mantenía firmemente en el poder y el no-reconocimiento por nuestra parte y por otros países centroamericanos no parecía afectar su posición interna.

Donde Carías y Julio Lozano, en Honduras

Además de viajar por todo El Salvador por tren y por automóvil, aproveché la autorización del Departamento para visitar Tegucigalpa, la capital de Honduras, donde renové mi amistad con el presidente Carías, y donde me encontré con Julio Lozano, mi viejo amigo y vecino en la época de Puerto Castilla, nombrado ministro de finanzas. Dentro de poco tiempo partiría para Washington como ministro de Honduras, y yo estaría allí en frecuente contacto con él.

Donde Ubico en Guatemala

También viajé por tierra hacia la ciudad de Guatemala, donde conocí al presidente Ubico Castañeda, a los miembros de su gabinete y a otras personalidades sobresalientes del país. Desde la ciudad de Guatemala, recorrí toda la región montañosa, casi hasta llegar a la frontera mejicana. Guatemala era el país más lleno de colorido por el que jamás hube viajado.

Mis visitas a Tegucigalpa y a Guatemala fueron muy poco ceremoniosas. Había perdido casi todo lo que poseía durante el terremoto en Managua, y aún con las pocas cosas que había adquirido desde entonces, mi guardarropa era escaso y poco elegante. De ahí que a mi llegada a la ciudad de Guatemala, estuviera ansioso por no alojarme en la residencia de la legación. Nuestro ministro en Guatemala era un hombre muy agradable, pero muy rico. Pensé que si me alojaba con él, un valet abriría mi valija y descubriría lo pobre que era yo. De ahí que antes de abandonar San Salvador, me tomé la molestia de enviar un cable para reservar una habitación en el principal hotel. Ya me había registrado allí cuando el gerente me informó que el ministro norteamericano acababa de telefonar diciendo que yo debería alojarme con él, en su casa.

No había forma de rechazar esta cortés invitación. Me dirigí a la casa del ministro donde, como era de esperar, un valet inglés procedió a abrir mi equipaje y sacar del mismo mis pobres y pocas cosas. Seguí todo esto con embarazo. Sin embargo, el valet era un caballero. No pudo haber sido más bondadoso conmigo. Planchó mis trajes hechos en Managua con tanto gusto como si hubieran provenido de Londres. El pavor que sentía por él se desvaneció y nos hicimos buenos amigos.

En la ciudad de Guatemala encontré nuevamente a Carroll Greene. George Peck había sido trasladado de Panamá a Guatemala, y Carrol visitaba nuevamente a George y a Harriet. Carrol y yo nadamos en el lago

de Atitlán junto con Ted y Betsy Lawton, del cuerpo de la legación, y jugamos al póker en el hogar de los Lawton. Uno de los jugadores era el ministro italiano en Guatemala, ¡el mismo ministro que, años más tarde, cuando se encontraba en Grecia, le dijo a Mussolini que los griegos no lucharían!

Antes había estado en Costa Rica

Una vez terminada mi jira de trabajo y mis visitas a Tegucigalpa y a la Ciudad de Guatemala, me sentía bien dotado para vigilar los Asuntos Centroamericanos en el Departamento. Durante mi estadía en Nicaragua había encontrado tiempo para visitar Costa Rica, el quinto país centroamericano, y había conocido al presidente y a otras personalidades descollantes del gobierno. De ahí que, de los cinco países de los que tenía que ocuparme, había servido en tres y visitado a dos. En todos ellos había conocido a la mayoría de las personalidades más importantes. Algunos eran mis íntimos amigos. Había viajado por la mayoría de los países, de un extremo a otro. Me hallaba familiarizado con sus políticas y con las relaciones que mantenían recíprocamente.

Al frente de la Oficina Centroamericana

Cuando llegué al Departamento, me hice cargo de la oficina centroamericana, y como de costumbre, de un par de países adicionales con los cuales no estaba familiarizado. No había funcionarios suficientes como para permitir que uno limitara sus actividades sólo a cinco países, aun a cinco muy activos. Pero después, me nombraron jefe auxiliar de la División Latinoamericana, lo cual significaba que además de disponer de siete países revisaba la correspondencia de todas nuestras misiones en Lationamérica, con excepción de la de Méjico, al igual que los informes consulares referentes a asuntos políticos. Posteriormente tuve que revisar también toda la correspondencia que salía al exterior. El volumen de trabajo que esto representaba, era muy pesado, como es de imaginar. Sin embargo, este sistema poseía una ventaja singular. Permitía que al menos una persona en la división estuviera al tanto en cualquier momento de todo lo que sucedía en las otras repúblicas americanas y de lo que los Estados Unidos hacían en cada una de ellas. Ello representaba la coordinación en su forma más sencilla.

El Salvador denuncia el Tratado de 1923

A uno de los primeros problemas que me dediqué fue al de El Salvador. El gobierno de ese país, al igual que el gobierno de Costa Rica, había denunciado el Tratado de 1923. Esto significaba que no sólo negábamos el reconocimiento a un gobierno que tenía derecho a ser reconocido según las normas del derecho internacional, sino que nuestra actitud se basaba en nuestra interpretación de un tratado del que ni nosotros ni El Salvador formábamos parte. Nuestra posición era claramente insostenible, y era necesario encontrar algún medio que nos permitiera abandonarla sin afectar el característicamente delicado equilibrio político en Centroamérica.

Los tres gobiernos que aún formaban parte del tratado se hallaban ansiosos de conservarlo como una posible protección contra la revolución. Ellos temían que el reconocimiento del gobierno salvadoreño viciara el tratado y los privara de la protección que ellos pensaban o esperaban que éste aún podría brindarles. Finalmente, alentados discretamente por nosotros, acordaron que los términos del tratado no se aplicarían a los países que no eran partidarios del mismo. Ellos procedieron luego a reconocer el gobierno salvadoreño, y nosotros hicimos rápidamente lo mismo.

Abandono de la práctica de negar reconocimientos a gobiernos revolucionarios

Desde ese entonces, nos hemos adherido generalmente a los reglamentos del derecho internacional para extender o rechazar el reconocimiento a los gobiernos centroamericanos. El experimento destinado a tomentar la paz y el gobierno democrático en Centroamérica mediante la práctica de negar el reconocimiento a los gobiernos revolucionarios bajo circunstancias específicas distintas de aquellas previstas en el derecho internacional fué abandonado.

Henry L. Stimson, tratando de encontrar algunos medios para terminar con la guerra civil de Nicaragua, le dijo al Departamento de Estado en 1927 que la Conferencia Centroamericana de 1923, al igual que la primera Conferencia de 1907, había hecho de las elecciones libres el corazón del problema nicaragüense, al igual que el del problema centroamericano. El señor Stimson afirmaba que debido a las elecciones controladas por el gobierno, la única forma de lograr un cambio en el partido que lo controlaba era mediante una revolución o un golpe de estado. Al señor Stimson le parecía que al prohibir la revolución, el tratado de 1923 había tendido a hacer permanente el control partidista existente. El opinaba que al encarar la situación centroamericana, el acuerdo había tratado de esta manera el síntoma, y no la enfermedad.

El comandante de la Guardia derroca al presidente de Nicaragua, libremente elegido

De ahí que el señor Stimson recomendara enérgicamente, que accediéramos a supervisar las elecciones nacionales en Nicaragua. Supervisamos tres; y poco tiempo después que nuestros supervisores dejaron el país, y el presidente de Nicaragua libremente elegido fue derrocado por el comandante de la Guardia. Quizás al supervisar las elecciones aún tratábamos el síntoma más bien que la enfermedad; o quizás no es suficiente supervisar tres elecciones. Quizás algunos países políticamente atrasados harían bien en permitir que sus elecciones fueran supervisadas durante un largo período de tiempo, no por los Estados Unidos, sino por algún cuerpo internacional. Quizás los gobiernos de esos países serían entonces más honestos, más eficientes y más progresistas, y quizás las causas de los gobiernos dictatoriales y de la revolución desaparecerían, o por lo menos disminuirían en gran parte.